

JOSÉ RAFAEL FARIA BERMÚDEZ: EL HOMBRE, EL EDUCADOR, EL APOLOGISTA Y EL FUNDADOR

Vio las primeras luces de la vida en Pamplona, en un hogar cristiano proveniente de Chinácota.

Desde muy joven se sintió inclinado por la vida religiosa. Su vocación no fue solamente un llamado místico sino una profunda forma de ver el mundo y al ser humano en su vocación de servicio.

Ordenado sacerdote, tempranamente modeló su misión en una vida diferente a la de un cura párroco, pues al lado de las rutinarias tareas de evangelización, dedicó mucha energía al indagar pedagógico y filosófico.

Viajó a Europa, y en Roma se consagró como un obstinado apologista y filósofo, donde recibió el título de Doctor en Filosofía. Fue un doctor de verdad en su saber y en su vida.

De regreso a su patria, materializó sus sueños de formador de juventudes. Publicó sus famosas obras de Religión y tratados de Filosofía, los cuales fueron, en los años cincuenta, sesenta y setenta textos de estudio en bachillerato y universidad, no solo en Colombia sino en algunos países de Suramérica.

Más tarde emprendió otro de sus grandes propósitos: fundar un establecimiento educativo para canalizar sus inquietudes pedagógicas. Así que fundó el célebre “Colegio Norte” que años después fue tomado por la comunidad española de los Padres Carmelitas y se llamó “Colegio Carmelitano”. Funcionó en el edificio que hoy ocupa el Colegio Águeda Gallardo, regentado por la Comunidad Salesiana. En el colegio del padre Faria se educaron varias generaciones de jóvenes colombianos y venezolanos que hoy conservan su espíritu fraternal.

El padre Faría, como cariñosamente se le conocía, no solo fue un polémico filósofo y apologeta sino ante todo un educador, un pedagogo, en el mismo sentido que lo fueron Pestalozzi, Kerschensteiner, Rousseau, Quintiliano y lo fue también en el sentido funcional del anónimo maestro de tablero y tiza. El padre Faria no solo tenía sus propias ideas pedagógicas sino que las vivió frente a sus alumnos.

En la práctica pedagógica desarrolló un concepto de educación integral. Fue un convencido de que el alumno no solamente necesita información y acumulación de datos, sino que desde joven tiene que ser un pensador, un filósofo. Se interesó por aspectos físicos de los niños y jóvenes, como la importancia de baño diario, el

ejercicio y la buena alimentación. Sostenía que la disciplina, la formación de hábitos y la vivencia de valores daban temple al carácter. Buscó la armonía de la personalidad de sus alumnos y la propia con el cultivo de las bellas artes como el dibujo, la música y la poesía.

Fue amante de una racional erudición, que manifestaba en sus clases, con frecuentes y apropiadas citas de locuciones griegas y latinas. Fue esa su constante actitud docente frente a la formación de la juventud. Mantuvo una permanente inquietud por hacer trascendente el alma del joven con un profundo encuentro con Dios.

Su vocación de formador lo llevó a proponer la idea, quizá quimérica entonces, de fundar un centro de estudios superiores. Expresó su propósito a más de una docena de personas que lo escucharon, unos con fe y otros con marcado escepticismo. Pudo más su tenacidad que el pesimismo y es así como al inicio de los años sesenta, del siglo pasado, inicia labores, en una estrecha casa colonial, una parte de la Casona de hoy, la Fundación Universidad de Pamplona. Por fortuna encontró, en otros soñadores el apoyo necesario y la fe en la obra que se cristalizó en la cincuentona de hoy.

En ese tiempo, en una Pamplona clasista, aquellos que se creían de mejor cuna y con mentalidad arribista, se mofaron de esta obra y la llamaban “la escuelita del padre Faría” pensando que a esa escuelita nunca tendrían que acudir. Los egresados de esa escuelita hemos y estamos educando a sus hijos y muchos de ellos se vincularon a la escuelita como docentes o administrativos y se siente súper orgullosos de su nuestra Universidad de Pamplona, afortunadamente.

Monseñor Faría, como también se le llamó, momentáneamente perdía su serenidad y calma, porque era de temperamento fuerte e imponente cuando era necesario. Fue esa entereza la que lo llevó a materializar su obra pedagógica. Era incluso terco en la defensa de su pensamiento lógico, en sus ideales religiosos, en el orden divino del universo y en especial de su, nuestra, Universidad de Pamplona.

Pero al lado de esa actitud enérgica y a veces dogmática, se escondía un inteligente sentido del humor, que enriqueció un acervo de anécdotas jocosas, trágicas y didácticas al mismo tiempo, por su papel eventual de conductor, y de su esencia de sacerdote y de pedagogo. Su fino humor lo hacía tan humano que estuvo a punto de perder su investidura sacerdotal.

Vivió tan intensamente su humanidad, que al final de su vida tan compleja y llena de significativas realizaciones se encontró, como cualquier mortal, lleno de necesidades físicas, que no espirituales, y expuesto a la eventualidad de cuidados

ajenos. Su alma fue tan especial que lo abandonó exenta de sus concupiscencias terrenales.

El padre Faría eternizó su vida con más de una obra y aporte a la cultura, e incluso, su generosidad le permitió legar su apellido.

José Rafael Faría Bermúdez, filósofo, apologeta, músico, escritor, poeta, sacerdote fue ante todo un educador, orientado por una sublime vocación de servicio cristiano libre de dogmatismos.

Padre Faría, poeta de la vida cotidiana y de la angustia mística. Cantor del amor en todas sus dimensiones, Gran amigo y consejero. Su memoria se hizo perenne en la estructura cultural, científica, social y material de la Universidad de Pamplona y en el espíritu agradecido de sus alumnos y de los profesores y administrativos que lo acompañaron y los siguen haciendo en la dinámica construcción de la pujante Universidad de Pamplona de hoy y del futuro.

Por: Manuel Alberto Jaimes Gómez. Profesor titular pensionado. Universidad de Pamplona.